

**Discurso de contestación al anterior por el ilmo. señor
Don Juan Bernier Luque.**

Excelentísimos e Ilustrísimos señores. Señoras. Señores:

En una ciudad universal, como Córdoba, la poesía cordobesa, forzosamente, por imperativo histórico, ha de participar de una misión ecuménica, abierta y sin limitaciones de localismo. Los grandes poetas de Córdoba, comenzando por Lucano, que es Occidente, Góngora que es la resurrección barroca de lo clásico, el Duque de Rivas, que representa la visión romántica de Europa, Manuel Reina que nos dá el alado y frágil modernismo, hecho de palabras, pero poblado de imágenes, de una moda que corre como una brisa, entre las naciones europeas del diecinueve, excluyen, todos ellos, cualquier limitación de autoctonía o provincialismo. Porlán y nuestro gran exilado, Rejano, que se añaden a la generación del 27, son una continuación de esta pura esencia de apertura, de esta expansión de ideas, con que los cordobeses cierran cualquier caverna, cualquier coto cerrado, para escaparse por aquella amplia tradición que incide en Córdoba, la tradición de la Hélade, de Roma, de la vigencia nórdica que Spengler calificaría como "fáustica", aquella que nos une a un destino común de Occidente, y sobre todo a la característica de una Córdoba, que es toda vida de relación, con pueblos, religiones y culturas.

Cuando la revolución española rompe esos lazos, un grupo de cordobeses, los que se reunen alrededor de la revista "Cántico", los que rumían una Córdoba de silencio, de horror, de hambre intelectual y física, dentro de estas apremiantes circunstancias, taladran los lugares comunes de moda, se enfrentan con el garcilacismo decadente y la poco poética poesía social

y se enfrentan con aquél equilibrio de mente y cuerpo, en el que rezuma lo apolíneo de lo clásico, el turbión creador de la creación fáustica, que ya recogió la generación del 27, agregando como un don de Córdoba, la sensualidad y la imagen de un pueblo de espléndida literatura, que paseó por las mismas calles que paseó "Cántico", el pueblo árabe, saturado de entusiasmo por la naturaleza, por la poesía y por la exaltación de la sensualidad y la exaltación del cuerpo, como digno compañero del alma. "Cántico" se inserta aquí como una clara visión intelectual, como una línea clara de equilibrio poético, equilibrio muy cordobés también, entre las vivencias de sangre y de miseria que le rodean. Porque por encima de todas las fatalidades, está la mente humana, lo único creador, a pesar de los traumas. Así, cada época tiene un hombre o unos hombres. Córdoba los ha dado siempre y es vano criticar los hechos de la Historia, por que ello equivaldría a lanzar juicios morales a un terremoto; pero si hemos de decir que el terremoto del 36 destruyó aquí, entre nosotros, todo el enlace que hemos mencionado antes de la cultura occidental, y que el movimiento político no fue nada favorable para los intelectuales, que ya desde entonces fueron considerados marginados y sospechosos. Pero de estas angustias y otras y otras, surgió en cada uno de los autores de "Cántico", esa lucha, hoy triunfante, por la superación de un medio al parecer irreversible, que nos rodeaba a todos. Triunfó el espíritu, la creación de cada uno, su diversidad, triunfó otra vez el aire latino y árabe de Córdoba, su tradición cultural, su escanciación de la belleza, su ansia hacia la pura magia de la palabra y su enamoramiento por la imagen.

Psicológicamente el grupo "Cántico", intelectual —pues no sólo fue poesía, sino prosa, teatro, periodismo e investigación— trabajó duro y casi a destajo, en el más humilde de los ambientes y sin tener nada de bienes de la tierra, creó por crear, creó gratuitamente, como una liberación del ambiente, como una sublimación freudiana, en que los defectos individuales de sus miembros eran nimias cosas, frente a la brutalidad, el falso espiritualismo, la falsa religiosidad, el materialismo paradójico de las demás gentes, que no eran de "Cántico" y que incluso lo marginaban. Porque es curioso, que los amantes de la tierra, del paisaje, de la poesía, de la belleza natural, de la belleza humana trabajasen siempre, como peones casi inominados, de la misma minoría política, que tenía que justificar una labor cultural. Y en "Cántico" no éramos tres, ni cuatro... éramos, entre creadores y coadyuvantes, entre simpatizantes y amigos, la sal de la tierra de entonces, tierra árida y desarbolada de vivencias culturales y poéticas.

Nosotros plantamos el bosque, y a este bosque se agregaron troncos más jóvenes, que sin ser discípulos de "Cántico", sin cualquier razón jerárquica, con un entendimiento mutuo, participaron del esfuerzo renovador de nuestra revista. Ese verde esperanzador no se circunscribía a los límites de la ciudad califal, de la ciudad clásica. Los olivos de Bujalance formaban parte de ese bosque, con la inteligencia clara, la austera presencia de Mario López. Mario, que había nacido en 1918, bebió en su juventud en una de las fuentes más claras del mundo cultural español ligado a la generación del 27. Entre los viejos olivos asomaba el aire renovador de la Institución Libre de Enseñanza y Mario aprendió en su Instituto-Escuela madrileño, el aire de elegancia espiritual, el espíritu selecto de una minoría pensante y equilibrada, que ya había llegado a Bujalance con el biólogo Castro y sobre todo con Juan Díaz del Moral, humanista puro, figura venerable que la política postergó y prohibió, como también, en las barrocas calles de Bujalance fué prohibido y decapitado el magno pintor del emperio, el religiosísimo y teológico Antonio Palomino. ¡Triste período, casi de tierra calcinada, de donde Mario ha de partir para levantar la poesía de su propio pueblo, de su olivar y de su campiña! Porque Mario es la torre erguida, no inclinada, que poco a poco va resucitando desde el surco y la besana, un mundo intelectual perdido y la canción que se deriva de la tierra y se levanta como un perfume de múltiples olores. Mario, fundador de "Cántico" en 1947, colabora en las principales revistas españolas y dirige "Cuadernos de Arte, Historia y Literatura", en su tierra natal y en 1958. Si el andalucismo nace del apego a lo que Mario llama "universo de pueblo", Mario ya figura en la "Antología de poetas andaluces contemporáneos", de José Luis Cano y pasa al terreno antológico nacional en las ediciones de Aguilar, de 1954 a 1964; en la "Antología de poesía flamenca", de Anselmo González Climent; en "Poesía hispánica del toro", de Mariano Roldán; en la "Segunda antología de Adonais" y en la "General...", de la misma colección. A ello hay que agregar su inclusión en los trabajos críticos de Manuel Urbano, de "Andalucía en el testimonio de sus poetas", y en el estudio sobre "El Grupo Cántico de Córdoba", de Guillermo Carnero. Sus lecturas poéticas se han extendido también por el territorio nacional y hemos de señalar la del Seminario Juan Boscán, del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Barcelona y la del Círculo Hispalense de Sevilla, porque aunque no única, la poesía es la cumbre de su actividad intelectual. Una poesía que huele a olivar solitario, a rastrojo y mías, a espacio geométrico de surcos o a ese pueblo, de donde salen sus raíces familiares, en que la calma, la cal y el perfume nostálgico

co de ancestrales vivencias rurales, coinciden con lo puro de su poesía, en libros como "Garganta y corazón del Sur", publicado en 1951 y "Universo de pueblo", de la Colección Adonais, en 1960. A ellos hay que añadir la "Antología poética", publicada en 1968 por esta Real Academia y su inédito "Nostalgario andaluz", clara visión anímica de este Sur, de esta Andalucía que "Cántico" y los poetas del 27 exaltaron, cuando aún no habían nacido los andalucistas de hoy, con su aire descubridor y politizante. Porque, para Mario y para "Cántico", la política ha sido contra-poética y contrahecha. Mario prefiere el mundo de los valores, menos tangible pero más humano, más alto y sobre todo, sin mancha de lágrimas y aún de sangre. Esa poética que se eleva desde la humilde cal de una fachada o el rincón de patio de un cortijo campañero. Esa poética que recorre en el crepúsculo los olivares, cuando ya se oye el monótono canto del mochuelo; esos versos que parecen palpitar como el corazón de los galgos, tras una corrida presurosa. Y podemos decir que la poesía de Mario es popular en el sentido, no de masificación y demagogia, sino como transpiración de la vida campesina que todos los días ven sus ojos. Esa nobleza del trabajo humano late en el poeta. Trabajo de bracero, que él propiamente siente, ya que del tractor a la pluma, sus manos todo lo conocen. Su título nobiliario es: labrador, su dignidad: poeta. Dos cosas que no están encontradas desde la gran poesía latina. Por eso, cuando leemos a Mario recordamos a esos grandes númenes como Charles Péguy, como Machado, como Alberti, como García Lorca, que hicieron primer actor de sus poesías, el campo y el hombre viril que se mueve sobre la tierra. Mario es el poeta de la campiña de Córdoba, pero de la Campiña latina, universal, porque el lenguaje y la creación poética tiene fuentes más amplias, trascendencias más escogidas. Hay que decirlo claramente; con él no va la visión del populismo folklórico, muchas veces mezclado a la política, a la demagogia y lo que es peor, a una carencia absoluta de arte poético; porque la demagogia tiene otro lenguaje en el mito, el clamor o el panfleto; no se concibe una poesía panfletaria. El mismo Neruda o Alberti, nunca han hecho peor poesía que la dictada por móviles políticos. Pero hay otra poesía que recoge lo presente, las vivencias, las miserias y alegría del pueblo, sublimándolas y enaltecéndolas con la vibración estética. Es la poesía del Romancero, la poesía de las Cantigas, la de Juan Ruiz, y fuera, la de los "minnensinger" o un Villón, que vive entre sudores del pueblo. Esa es la poesía que recoge y adentra en sí la vida de la gleba, del campesino, del trabajador, del proletario. Pero, fíjense bien, la poesía de masas, la llamada

hoy poesía colectiva, es una farsa. La poesía la hace una persona; no se puede poner, como los ladrillos, por un equipo de albañiles. Y ese individuo es el poeta, el que posee un don que dá la naturaleza o Dios, el poeta que recoge las alegrías y las penas ajenas, el que se baña en la circunstancia humana y la expresa con la inteligencia, el arte o el sentimiento, que son cualidades esenciales de la poesía. Uno de esos privilegiados está hoy, aquí con nosotros: es Mario López.

Juan Benítez López